

por Gardel con el título de “Hay una virgen”, firmada por Gardel y Razzano.

En fin, se puede recordar a la compositora estadounidense Mabel Wayne, universalmente famosa. De ella las versiones castellanas de “En un pueblito español”, por Rogelio Ferrer y de “Ramona”, por Enrique Cadícamo, fueron grabadas por Gardel.<sup>8</sup>

Esta es apenas una muestra, no exhaustiva, del amplio repertorio de El Zorzal Criollo, lo que invita a escucharlo y apreciarlo en todas sus dimensiones, a los ochenta años de su muerte en esta ciudad...

## Referencias

1. Segovia, J. A. (1990). “Gardel por el mundo”, en: *Carlos Gardel. Su obra integral*. Buenos Aires. El Bandoneón, Vol. 10, EBCD, 20.
2. Puga, B. “Discografía de Carlos Gardel”. Disponible en línea: [http://gardel.unsl.edu.ar/boris\\_puga.htm](http://gardel.unsl.edu.ar/boris_puga.htm).
3. Valencia, A. (En prensa). “El tango y el pasodoble”, en: *El universo del tango*. Medellín. Academia Colombiana del Tango. Vol. 19, p. 234.

4. \_\_\_\_\_. (En prensa). “Tango y fado”, en: *El universo del tango*. Medellín. Academia Colombiana del Tango. Vol. 15, p. 119.
5. Selles, Roberto, “Gardel y su repertorio internacional”, en: *La Porteña Tango*. Disponible en línea: <http://www.lptango.com.ar/carlos-gardel/294-gardel-y-su-repertorio-internacional.html>.
6. Valencia, A. (En prensa). “Los tangueros y el foxtrot”, en: *El universo del tango*. Medellín. Academia Colombiana del Tango. Vol. 20, p. 26.
7. Greco, Orlando del. (2008). “Autores extranjeros a los que Gardel les cantó temas”, en: *Tango Repórter*, N.º 145, junio. Disponible en línea: <http://www.tangoreporter.com/nota-autores.html>.
8. Rico Salazar, J. *Biografía sonora. Carlos Gardel*. Medellín. Club Internacional de Coleccionistas de Discos. 2012.

**Asdrúbal Valencia** es ingeniero metalúrgico de la Universidad de Antioquía y Master of Science in Metallurgical Engineering, de la Universidad de Wisconsin. Profesor jubilado del Alma Máter, ha publicado, entre otros, los libros: *Metalúrgica física*, *Historia de la Facultad de Ingeniería*, *Origen y evolución históricos*, *La sucinta crónica de Juancito Giraldo* y nueve volúmenes de su obra *El universo del tango*. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.



## El “Pardo” Luis —Crónica—

Absalón Palma

Es una calmosa tarde de un sábado de junio; en la barra de un bar está Absalón, solo, ensimismado, conversando con los recuerdos. La constancia del calor y el mutismo y aislamiento de los pocos clientes le dan al lugar la sensación de letargo, modorra, lentitud. Con su mano derecha juguetea con un vaso de cerveza, mientras en la izquierda sostiene un cigarrillo rubio que golpea con su índice de forma mecánica, suave y continua en dirección al cenicero.

De cuando en cuando se lo lleva a los labios con los dedos encorvados, aspira profundo, como absorbiendo un cacho de vida, sostiene la respiración por unos segundos, mientras se estremece por la sensación de la nicotina, y exhala siempre por la nariz.

En la parte alta de la fachada del establecimiento aparece el letrero: “Taberna Adiós muchachos. Sólo tango”. El sitio tiene las ca-

racterísticas de un bar de principios de los ochenta. Sus paredes están enchapadas en madera desde el piso hasta la mitad del muro, y el resto está forrado con espejos en forma de listones. Se impone en el lugar una gran barra fabricada también en madera que se explaya desde la puerta hasta el fondo del local; esta es una modificación de la original, según su dueño, Camilo, al estilo de los bares de los gringos allá en el norte. En su contorno se ordenan butacas altas para los clientes. Parte de la decoración es un cuadro gigante del Che Guevara, de rostro tranquilo, mirada altiva y un habano sostenido en la mano izquierda; una pintura de Jesús con un estilo típico de la iglesia mormona y un televisor de veintinueve pulgadas, ubicado en la parte alta del fondo, de dedicación exclusiva para partidos de fútbol. El resto es similar a cualquier otro bar de tango: cuadros con las fotografías de los cantores y músicos de la canción porteña, entre los que sobresale la pinta de Carlos Gardel.

—Poneme “Mis amigos de ayer”, por Floreal Ruiz, y “Barra querida” de Jorge Vidal, y me traes otra cerveza fría —le dice Absalón a Julián, empleado del lugar que se alterna entre *disc jockey*, despachador y cajero.

Entre las volutas de humo que ascienden del cigarrillo se desliza lenta una melodía. El cantor, con una lágrima en la garganta, entona con melancólica cadencia: *Esta noche tengo ganas de aturdirme de recuerdos / con el frío denso y lerdo de las cosas del lugar...* Tango de evocación, de nostalgia en la que está imbuido Absalón desde hace rato, rememorando los tiempos pasados en los que departía en ese lugar con su barra querida.

En ese entonces el local era menos iluminado; la barra, más corta, permitía que en el fondo hubiera una mayor intimidad; las luces



© Juan Fernando Vélez. De la serie Recordatorios de Gardel: obituarios. Collage digital. 2015

mortecinas le daban al bar un aire de tristeza. Nada más apropiado para un refugio de tango, del que se dice que es “una música triste que se baila”. Las pocas lámparas de neón derramaban su lánguido fluido sobre la barra, mientras las mesas del rincón permanecían casi a oscuras. Tal vez por eso, después de la seis y media de la tarde se deslizaban hasta allí, con sigilo, algunas parejas clandestinas. Pero, mientras en las mesas, con la complicidad de las sombras, las parejas se dedicaban a las caricias, los besos y los susurros al oído, en la barra, una peña de tangueros se dedicaba al deleite y a las disquisiciones sobre el tango. La conformaba una selección de cultos sobre la materia, de la ciudad y sus alrededores, entre los que se destacaba un trío de personajes: “El Pardo” Luis Villa, Lucho; el

doctor Duque, médico de la clínica León XIII, y el profesor Henao, historiador de la Universidad de Antioquia.

Lucho era un moreno alto, fornido, de brazos y manos gruesas, frente amplia, ojos pequeños y sonrisa burlona, pelo negro y lacio, por lo que lo llamaban “Pardo”, nombre que se le da en Argentina al mestizo para diferenciarlo del negro con rasgos africanos.

El tema principal de conversación era el tango, que se alternaba con el fútbol, la política, el arte y la literatura. Cada tertulio trataba de aportar lo mejor de sí con total entusiasmo. En cuestión de tango se discutía sobre orquestas, cantores, músicos y anécdotas alrededor de ellos. Lucho era de los más versados sobre el asunto; su pasión por la canción ciudadana lo llevó a una formación autodidacta que era de admirar. Si bien no tenía estudios universitarios como otros, pues era albañil, en su oficio era maestro de obra y en el tango estaba a la altura de los máximos de la peña, como el doctor Duque o el profesor Henao.

*¿Dónde están mis amigos / mis amigos de ayer? / Si me vieran llegar / como un duende y llorar... / y llorar al volver.* La melodía está llegando a su clímax. La voz de tenor dramático se desangra y hace volver a Absalón de sus recuerdos. En ese momento entra Camilo.

—¿Qué más hombre? —le dice Camilo emotivamente, mientras le extiende la mano.

—Pues bien. ¿Y vos qué? —le dice Absalón estrechándole la mano—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Pues bien, hermano, no falta el camello —contesta Camilo. Las redes de Vulcano.

—¿Y la gente de la gallada? —indaga Absalón, refiriéndose a sus antiguos compañeros de barra.

—El único que ha venido por aquí es Augusto; estuvo hace como un mes y se fue todo prendo. Ahí estuvo escuchando sus tangos favoritos. Vos sabés que él es de muy buen gusto —responde Camilo, como rindiendo un informe. Luego se dirige a saludar a otros clientes que lo están esperando.

El gusto de la peña por la música era muy delimitado: se circunscribía a la música de los cuarenta y a la vanguardia, que complacía de forma satisfactoria Rodolfo, el cantinero de cabecera y hermano de Camilo, que se sabía de memoria el repertorio preferido de los integrantes de la barra y tenía un gran conocimiento de la colección de música del bar. Solo se seleccionaban composiciones de las orquestas y cantores que se consideraban de alta calidad, las cuales ya estaban bien referenciadas. Los tangos populares que se escuchaban en las cantinas de los barrios eran menospreciados, aunque se sabía que, antaño, a los integrantes de la barra les habían gustado y que por ellos habían llegado al tango que ahora disfrutaban. Si algún lego sobre la música porteña solicitaba alguno de estos temas, las quejas de la barra no se hacían esperar.

—No no no no no, qué cosa tan mala —decía Absalón.

—Después de un Di Sarli, oír una panela de estas, es para atrofiarse el oído, es como mojarse acalorado —comentaba el poeta Augusto con su voz de barítono.

Lucho desaprobaba, haciendo una mueca con la boca rasgada, seguida de su sonrisa burlona. Rodolfo se encogía de hombros. ¿Qué podía hacer? Era obvio que debía atender las peticiones de todos los clientes. Y Camilo aseguraba:

—Hay que darles gusto a todos; ¡no ve que ellos también están comprando!



Ese principio de democracia no era tal, pues todos sabían que el monopolio de la música lo ejercía la peña tanguera, ya que la cantidad de litros de aguardiente que consumía en un fin de semana no era comparable a lo que gastaban los otros clientes, así estuvieran todas las mesas ocupadas.

Los nuevos integrantes de la peña eran admitidos por estos criterios musicales: cuando Absalón, durante una borrachera, cantó con gran pasión los tangos predilectos de ellos, Lucho y el médico se miraron y dijeron: “este sí sabe”. Y desde ese día fue acogido en su seno. De otro modo, era poco probable que lo hubieran aceptado en su círculo. Como lo comentaba Absalón con Lucho:

—Lo que pasa Lucho es que los círculos son cerrados, es una lógica de la geometría que se lleva a lo social.

—Sí, señor —respondió Lucho—. A veces, los círculos sociales se vuelven impenetrables, así sean de músicos, pintores, escritores, psicoanalistas o rockeros; inclusive se crean rivalidades de un círculo a otro, dentro del mismo género.

—Y dentro del género del tango sí que las hay —continuó Absalón—. A los que les gusta la vieja guardia no soportan el tango de Piazzolla y mucho menos el de ahora. Y a los que les gusta Piazzolla no les gusta el tango viejo, de principios del siglo xx.



© Juan Fernando Vélez. De la serie Recordatorios de Gardel. Collage, transfer, laca y tinta. 25 x 25 cm. 2008-2009

—Y eso sin contar a los gardelianos, que creen que después de Gardel no hay otro cantante —respondió Lucho.

—El problema es que cada grupo de estos cree tener la verdad, los que no comulgan con ellos son unos ignorantes o unos tercicos —dijo Absalón.

*Por distinto camino / me perdí yo también... / si me vieran llegar / como un duende y llorar / mis amigos de ayer.* El tango llega a su culmen. El cantor, con una emoción intensa, mantiene un sostenido con *vibrato* moderado en las notas más altas de la melodía. Una especie de embriaguez invade a Absalón, que permanece extasiado por un momento; luego, apaga la colilla del cigarrillo en el cenicero, toma un

sorbo grande de cerveza, emite un pequeño eructo y pide otra fría. Como es propio de él, consume la cerveza con avidez, pide más tanguos y se sumerge de nuevo en sus recuerdos.

Con el transcurrir de la horas la alta tarde va tomando un tono opaco, una brisa fresca acaricia los rostros y los pechos de los transeúntes. De cuando en cuando, vuelve a la realidad para observar plácido la pasarela de muchachas que sin prisa pasan por la acera del bar.

La visita asidua de “El Pardo” Luis al bar se vio interrumpida por un accidente que tuvo en su moto. Se fracturó un pie y estuvo tres meses incapacitado. Cuando pudo volver a caminar pasó otro tiempo igual, cojeando. Su altura y corpulencia le daban un peso extra, poco favorable para su recuperación.

Ante este hecho, la peña de tangueros estuvo de acuerdo con la misma opinión: “Las motos son muy peligrosas. Son un chasis con llantas, tanque de gasolina y un sillín donde los ocupantes son la carrocería”.

Sin embargo, Lucho seguía utilizando este medio de transporte; lo necesitaba para llegar al trabajo que, en ocasiones, quedaba bastante alejado. Por la tarde, de regreso, iba primero al bar y luego se dirigía a su casa en Santo Domingo Savio. Pero era un hombre precavido; cuando se embriagaba, la moto era guardada en el bar o en un parqueadero, como en la ocasión en que un vecino de “Adiós muchachos”, al salir de su negocio, a las tres de la madrugada, encontró la moto sola frente a la entrada del bar, que ya había cerrado. Con mucha solidaridad, pues conocía a Lucho, la trasladó al parqueadero más cercano mientras les comentaba a los vigilantes:

—Y así dicen que en el centro hay mucho ladrón.

Otros dijeron que esa moto se cuidaba sola. Y Absalón fue más cruel en su opinión:

—Esa moto quién se la va a robar.

Por otro lado, Lucho manejaba con sumo cuidado, ya no tenía dieciocho años para conducir a altas velocidades.

—Pilas que el 26 de noviembre cumpla años —le dijo a la barra en octubre del 2001.

—¿Y cuántos, si se puede saber? —preguntó Camilo tratando de descubrirle alguna intención de ocultar sus años.

—Cincuenta, nací en 1951 —dijo Lucho con orgullo—. En ese año ocurrieron tres calamidades para el tango: murieron Homero Manzi y Enrique Santos Discépolo, y nací yo.

—Oigan a este, yo no creo que pensés que tu nacimiento fue una calamidad, más bien estás chicaneando porque naciste en un año memorable para el tango —le dijo Absalón mientras reía, contagiando a los demás.

Pero en esta fecha no hubo celebración para el cumpleaños de Lucho como sí había ocurrido con otros compañeros de la peña tanguera; y es que la barra se estaba viniendo a menos. Lugo y Pacho Urrego se habían tenido que ir de la ciudad por problemas económicos; el profesor Henao ya se había jubilado y se había ausentado del sector del centro; el médico y Camilo habían tenido un fuerte altercado en una noche de embriaguez. Desde ese día el médico no había regresado al bar; y Augusto, el poeta, había perdido el empleo con sus consabidas secuelas económicas.

Por todo esto, la peña tanguera se vio menguada considerablemente. De las hasta quince personas que se reunían los fines de semana, el número disminuyó a cuatro: Lucho; Gildardo, un veterinario de Metrosalud; Caliche, el cantautor de la barra, y Absalón. En diciembre asistieron a “Adiós muchachos” prácticamente dos personas, porque Absalón se fue de vacaciones fuera

de la ciudad, y Gildardo estaba muy ocupado con las fiestas familiares decembrinas.

Lucho y Caliche permanecieron muy unidos en ese diciembre. Cuando nos estamos quedando solos nos aferramos con más ahínco al compañero que nos queda. Fue el tiempo para saborear mejor la música, para discutir largo rato sobre un tema sin interrupciones. Cuando se comparte en grandes grupos es difícil centrarse en un asunto solamente. Por lo regular se habla de muchas cuestiones y no se profundiza en ninguna en particular.

Pero las festividades pasaron pronto, hasta para esta suerte de tangueros que no las compartían. En enero ya todos estaban volviendo a sus labores normales. Absalón pasó su último fin de semana de vacaciones en Santa Elena. Cuando bajó a la ciudad, el domingo 13, estaba muy cansado como para ir al bar y se fue directamente a su casa. A su llegada le informaron que los amigos de la barra lo habían telefoneado. Lucho había sufrido un accidente fatal en la moto, el sábado a las ocho de la noche.

Ya está oscureciendo. Las cervezas han empezado a hacer efecto en el cerebro de Absalón. Trata de imaginarse a Lucho subiendo en su moto por las estrechas faldas de Santo Domingo. En una ocasión lo acompañó a su casa para buscar una música y recuerda bien ese camino. También trata de imaginar cómo la buseta se queda sin frenos y arrolla a Lucho. Cuando le avisaron de su muerte no lo podía creer. Se veía tan vital, inclusive cuando estuvo cojeando después del primer accidente. En su mente trata de buscar alternativas para evitar el accidente y encuentra infinitudes. ¿Cómo es que no ocurrió alguna de ellas? Tal vez fue el sino del que tanto habla el tango. La parca Átropos, que es inexorable. *Vamos total que importa / la muerte corta el hilo de cristal.*

Cuando murió Enrique Santos Discépolo nació “El Pardo” Luis y los dos murieron a los

cincuenta años de edad. ¿Será que por haber nacido en el mismo año de la muerte de Discépolo y tener tanta afición al tango, inclusive por admirar tanto al poeta, estaba predestinado Lucho a morir a la misma edad que él? Puede ser coincidencia o un pretexto para los adictos a las cábalas como Absalón.

La peña tanguera, que tuvo tanto apogeo en “Adiós muchachos”, ya se había reducido bastante con la ausencia de pilares fundamentales como el doctor Duque y el profesor Henao. Después de la muerte de Lucho, que era su último pilar, solo fue cuestión de tiempo para que se extinguiera por completo. De vez en cuando alguno de sus integrantes va a recordar tiempos pasados, como el poeta Augusto y como Absalón. Es una ley natural de la vida que todo lo que nazca muera, sobre todo lo que se vive con tanta intensidad. Los espacios también mueren o sus habitantes se desplazan a otros lugares.

Ha caído la noche y van llegando los nuevos habitués de la barra. Un moreno con aspecto de aborigen americano y acento venezolano entona en voz alta un tango pedido por Absalón: *Yo quise tanto, pero tanto / que es un llanto recordar / qué triste es recordar.* También va ocupando su lugar el arquitecto Antonio, de la Universidad Nacional, especialista en tangos de los treinta, y Piedrahita, agente de policía que heredó de su padre música porteña de los veinte de la que es buen conocedor y aficionado. Nuevos personajes van ocupando los lugares que los anteriores dejaron. Absalón pide la cuenta y se despide, también a él lo están esperando en otro lugar.

**Absalón Palma** es Bibliotecólogo de la Universidad de Antioquia y Especialista de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia –sede Medellín–. Se desempeña como coordinador de la biblioteca de la Escuela de Idiomas del Alma Máter. Publicó en 2013 el libro de cuentos *Las redes de Vulcano*. E-mail: rapa.palmaarango@gmail.com.